

## INTRODUCCIÓN

*Hamann piensa en archipiélagos con conexiones submarinas.*

Ernst Jünger

*Hamann...: allicit atque terret.*

Kierkegaard

*No hagas nada o hazlo todo; el mediocre, el moderado, me repele:  
prefiero un extremo.*

Hamann a J. G. Lindner, 20 de mayo de 1756

## NATURALEZA, HISTORIA, DIOS: HAMANN O LA ILUSTRACIÓN DE LA ILUSTRACIÓN

Hay pensadores cuyas teorías y convicciones atraviesan como un hilo la historia de las ideas, pero de un modo sutil y casi invisible, ejerciendo, paradójicamente, una influencia mucho más intensa que la de otras figuras con lugares más prominentes en los libros de texto. Dicho hilo no se rompe nunca, ya que siempre surge algún espíritu afín o alma gemela que contribuye a su prolongación y firmeza. Habría que añadir que la mayoría de estos pensadores pertenece a los «perdedores» de la historia, esto es, a quienes se resisten a la avalancha imparable de un «espíritu del tiempo» que termina por arrollarlos y sepultarlos bajo montañas de escombros, donde yacen como diamantes en bruto a la espera de ser hallados por algún buscador de tesoros ocultos. Pues bien, esta descripción que hemos anticipado creemos que se ajusta perfectamente a Johann Georg Hamann (1730-1788), autor poco conocido fuera de Alemania, pero que ha encontrado siempre, por su peculiar sabiduría, su peregrino estilo y su «carácter» filosófico, a mentores que le garantizan no sólo la supervivencia, sino su ascendiente en futuras generaciones. Hamann es conocido sobre todo por haberse opuesto a algunas tendencias ilustradas de su tiempo que terminarían por converger en la Revolución francesa; se fijó en las sombras que proyectaba el Siglo de las Luces, aspecto que lo convierte, a los ojos de los grandes simplificadores, en un reaccionario, más aún, en un reaccionario *avant-la-lettre*, incluso en el primer reaccionario genuino de que se

tiene noticia (un contrarrevolucionario antes de la Revolución), pero aquí, para no caer en una injusticia palmaria, sería necesario hacer las debidas matizaciones.

Se nos ha transmitido una imagen demasiado homogénea de la Ilustración, quizá harto académica y sistematizada, que no se corresponde con los hechos y que sintetiza en una unidad lo que se ha caracterizado por una amplia variedad e incluso por su naturaleza contradictoria. Ahora bien, pese a las muchas diferencias existentes entre sus representantes, cabe destacar una serie de principios novedosos que dan a la corriente ilustrada una sustancia propia. Nos referimos, por ejemplo, a la actitud optimista que creía en un progreso indefinido de la humanidad, creando una filosofía de la historia secularizada, o la tendencia a encontrar leyes que rigen la naturaleza y el mundo y que son accesibles a la razón. También estaba extendida la creencia en que los sistemas científicos pueden explicar no sólo al hombre en su integridad, sino el universo entero. Tradición, superstición, prejuicio y privilegio son los grandes males que se han de superar a través de la autonomía de la razón. Todo ha de ser racional: la política, la religión, el arte, la literatura, la historia. En el siglo XVIII se exalta la razón por encima de la fe y, como consecuencia de ello, buena parte de la teología, humillándose ahora a desempeñar el papel de sierva de la ciencia, se pliega a los presupuestos empíricos y llega a concebir, en una pirueta asombrosa, la racionalización del milagro. Todos estos rasgos se hallaban, no obstante, entremezclados y confusos en un magma de ideas efervescentes, pero Hamann fue uno de los primeros pensadores que comenzaron a destilar este «espíritu del tiempo», a darle perfiles propios, en definitiva, a delatar sus contradicciones, errores y debilidades —de los que nada se salva en este mundo—, y para los que sus seguidores estaban ciegos.

Hemos mencionado la idea simplificada de un Hamann reaccionario que permite a muchos clasificarlo y ahorrarse su lectura, pero entonces faltaría por explicar a qué se ha debido su decisiva influencia en movimientos culturales no sólo de un alcance local, sino también europeos. Hamann está en el Sturm und Drang, en el Romanticismo, corrientes que se pueden considerar afines a su temperamento, pero qué decir cuando hallamos sus huellas en el existencialismo, la teología dialéctica, el expresionismo literario, la filosofía del lenguaje y el posmodernismo. ¿Y a qué puede deberse la atracción que ha ejercido, y sigue ejerciendo, en grandes filósofos y literatos, tan diferentes en sus presupuestos, tendencias y convicciones? Hablamos de personalidades cimarras del pensamiento como Herder, Kant, Goethe, Schelling, Schleiermacher, Dilthey, Jean Paul («El gran Hamann es un cielo profundo lleno de estrellas telescópicas y muchas brumas que no hay ojo humano que pueda penetrar»), Hegel, Nietzsche, Kierkegaard, Ernst Jünger (coleccionista tenaz de textos relativos al Mago del Norte). Este apodo, dicho sea de paso, el Mago del Norte, que le otorgó Karl Friedrich Moser en alusión a los sabios de Oriente, nos parece una de esas contraseñas felices que pueden llegar a describir con el mínimo de palabras a todo un ser humano.

La razón primordial, además de la referida sobre su actitud reaccionaria, de que Hamann sea un autor de minorías —para leerlo se necesita entusiasmo por el saber, actitud suspicaz ante las novedades y paciencia, rasgos que no caracterizan precisamente al hombre posmoderno— radica en su estilo, un estilo que no se reduce a un envoltorio externo, sino que es el hombre mismo. En acertadas palabras de Hegel: «Los escritos de Hamann no tienen tanto un estilo característico cuanto que son estilo de cabo a rabo». Kierkegaard, por su parte, añadía: «Se concentra en una sola palabra con toda su vida y su alma, hasta la última gota de sangre...».

Hamann llegó a su estilo como resultado de una búsqueda por expresar lo inexpresable; su densidad semántica y sus construcciones sinuosas, oscuras y crípticas, muchas de ellas con un trasfondo irónico, le parecen la única manera válida de hablar de los grandes misterios de la humanidad, de ahí que practique una opacidad consciente por la cual, una vez que se ha rasgado la tela de araña de la apariencia, se tenga acceso al resplandor, tanto más vivo, de la verdad. Con esta estrategia, análoga a una suerte de mayéutica socrática que implica la descodificación de estructuras superficiales para acceder a la realidad, Hamann selecciona a sus lectores. En *Recuerdos socráticos*, por ejemplo, advierte desde un principio que su escrito contiene una estructura compleja, compuesta de varios estratos, y que el lector ha de leerlo con gran atención. Así, su mismo estilo supone una declaración de guerra al ideal ilustrado, haciendo alarde de un barroquismo sincrético que otorga a sus frases distintos grados de conocimiento, ya sea planteando acertijos o enhebrando versículos bíblicos como en un «collage». La lectura se convierte de este modo en un continuo excavar en las intenciones del autor o, mejor, en aplicar una suerte de microscopio al tejido textual que sólo con el aumento nos muestra su verdadero significado. Hamann gustaba de presentar enigmas al lector; para él, el título de la obra era el *nucleus in nuce*, una semilla diminuta, un huevo órfico, del cual, si se lograba desentrañar, se podía acceder al mensaje principal.

Hay que recordar, sin embargo, que el mismo Hamann ridiculizaba su propio estilo, el cual obedecía a la voluntad experimental de crear un nuevo lenguaje lleno de fuerza sugestiva con el que captar esa región del claroscuro en la que se desenvuelven nuestras inquietudes anímicas. A menudo hablaba de su «estilo de saltamontes», calificaba su producción literaria de «migajas, fragmentos, ocurrencias,

caprichos», incluso llegó a afirmar que ni siquiera él llegaba a entender sus escritos, pero con estas declaraciones pretendía anticiparse a las críticas ilustradas, incapaces de descifrar sus enigmas o de asomarse a los abismos que revelaba, incapaces, en suma, de asumir su «heroísmo filosófico» y su estilo inconfundible e inimitable.

Su economía de estilo, por lo demás, aparte de obedecer probablemente a un gusto personal, como el de nuestro don Juan Manuel («pónelo en las menos palabras que pueden ser»), poseía como justificación un aspecto que no dudamos en calificar de místico, debido a un respeto casi supersticioso hacia la palabra, cargada para él de energía espiritual, y cuyo empleo comportaba, en consecuencia, una gran responsabilidad. Pocos autores se han tomado tan a pecho la advertencia bíblica expresada en Mt 12, 36-37: «Y yo os digo que en el día del juicio tendréis que dar cuenta de las palabras vacías que hayáis dicho. Por tus palabras serás absuelto, y por tus palabras serás condenado».

Con respecto al carácter irracionalista de la filosofía de Hamann, que sin duda abrió el camino a corrientes modernas del escepticismo y del irracionalismo, hemos de especificar que se sustentaba en un rechazo a lo que consideraba un empleo despótico y autocrático de la razón, equiparable, según su parecer, a una continuación de la esclavitud absolutista por otros medios. Hamann establece un diálogo con Hume sobre el vínculo entre razón y revelación, decantándose por esta última, pero sin desvirtuar del todo a la primera. Lector empedernido de la Biblia, la conocía con minuciosidad en las principales lenguas: alemán, inglés, francés, italiano, griego, hebreo y latín, y a su lectura sumaba la obra de Platón y la de los padres de la Iglesia, quienes establecieron la relación entre la ignorancia filosófica socrática y la *docta ignorantia* neotestamentaria. Ahora bien, la preocupación de Hamann

estriba, más que en anular la razón supeditándola a la fe, en someter la razón a un severo examen, en analizar las tendencias que le atribuyen una pretensión de validez absoluta, un aura cuasirreligiosa, convirtiendo a sus adeptos en siervos de un despotismo cuando menos tan tiránico como el del absolutismo. Lo que propugna el Mago del Norte es, en definitiva, una ilustración de la Ilustración, una crítica de la razón crítica —adelantándose con ello a la teoría crítica del siglo xx—, actitud que se opone a una ciencia racionalista erigida en dictadura, la cual impone sus reglas a todos los ámbitos, sin descartar el moral, el político y el religioso. El método racional es un método imperfecto porque se dedica a dividir y a desgajar o, lo que es lo mismo para Hamann, a analizar y sintetizar: métodos arbitrarios que violan el todo, es decir lo que Dios ha creado unido. Es esa incapacidad del racionalismo para percibir el todo, para captar las relaciones que tejen el mundo, la que induce a Hamann a defender una visión holista de la experiencia. En ella se postula que la conexión entre causa y efecto, entre medios y fines, no reside meramente en el campo físico, sino que se extiende a un campo espiritual o, cuando menos, inmaterial.

Durante el siglo xviii asistimos a la difusión de la creencia en la unidad e inmutabilidad de la razón. Se concibe ésta como una instancia universal desconocedora de las diferencias culturales o históricas: la razón siempre es la misma, con independencia del lugar y del tiempo. Para Hamann, en cambio, debido a la naturaleza dañada del ser humano, la razón está sometida a los vaivenes de la historia, queda irremisiblemente ligada al individuo y a sus pasiones, a su «circunstancia», y niega que exista eso que se llama la «sana o recta razón». Nada más hipócrita, por lo tanto, que la expresión «razón pura». De ahí que todas las abstracciones surgidas de la razón sean arbitrarias, supongan un abuso declarado de las ideas que conforman nuestras experiencias

subjetivas. Para que la razón pueda aspirar al conocimiento ha de apoyarse en la fe, como ya había observado Hume deduciendo otras conclusiones, puesto que la existencia precede a la razón, lo cual quiere decir que la existencia no se puede demostrar por la razón, sino que primero se ha de experimentar a sí misma: sólo después se podrán construir sobre ella estructuras racionales, pero cuya fiabilidad no podrá superar a la de su base original. Es en esta convicción en la que Isaiah Berlin, autor de un brillante opúsculo sobre el Mago del Norte, descubre el embrión del existencialismo moderno, cuyas ramificaciones se encuentran en Kierkegaard, Nietzsche y Husserl.

Como consecuencia de lo expuesto, las leyes del mundo son contingentes, y dado que los poderes de Dios son ilimitados, no hay nada que quede fijo por toda la eternidad. Es evidente que Hamann ha perdido la fe en el progreso de la humanidad. Para él la única fuente de conocimiento se halla en la revelación, y ésta se manifiesta a través de la naturaleza y de la historia. El universalismo de la razón tiende a reducir la variadísima riqueza del universo a una uniformidad desoladora, mientras Dios, que actúa como un poeta y no como un geómetra, simboliza la riqueza de formas y la originalidad de los hechos históricos, al contrario que el racionalismo, cuyos postulados desembocan en una cosificación de la existencia y en el anquilosamiento de su despliegue en el tiempo. Se ha destacado a menudo la afinidad de esta visión de la historia con la de Vico, y a Goethe le corresponde el honor de haber sido el primero en llamar la atención sobre ella. En efecto, según Hamann (que leyó al filósofo napolitano), sólo Dios puede comprenderlo todo porque lo ha creado todo, pero Dios nos habla a través de la historia, por lo tanto, no es el Dios autista del deísmo, sino un Dios que se implica decisivamente en los asuntos humanos, de ahí que los intentos por desarrollar una filosofía de la his-



toria secularizada para sustituir a la Teología de la Historia se conciban como la blasfema pretensión de «domesticar a Dios». Recordemos que Vico defendía la posibilidad de que el hombre pudiera conocer y entender la historia al referir el momento histórico concreto a una historia ideal eterna, de acuerdo con la cual transcurren las historias particulares. Es la Providencia la que con su intervención introduce un orden en la historia y da sentido a los acontecimientos.

La Biblia, entendida como «palabra profética», no procura, sin embargo, el acceso a verdades eternas, esto es, a verdades con una pretensión absoluta, independientes del espacio y del tiempo, sino que la palabra (logos) habla en la situación histórica del hombre para —según el Mago del Norte— llevarnos al conocimiento de nosotros mismos dentro de nuestra circunstancia única. Con tanto más motivo, la supuesta «razón pura» también ha de quedar sujeta al suelo de la historia si no quiere quedarse en una mera abstracción vacía. El conocimiento de la verdad, en cambio, ha de referirse al todo y, por lo tanto, ha de surgir de las profundidades de la individualidad, ya que es al mismo tiempo conocimiento de sí mismo. Y quien quiera acceder al sentido de la vida habrá de interiorizar el principio, planteado por Giordano Bruno, de la coincidencia de los opuestos (*coincidentia oppositorum*), pues la verdad es tan enigmática como la vida, y es enigmática porque es contradictoria.

Hamann, la «cabeza más brillante de su tiempo», como se refirió a él Goethe, se convirtió en un abogado de todo lo que el Siglo de las Luces dejaba en la sombra, de aquello que el tribunal de la razón condenaba por no entenderlo o por considerar que no se sometía a sus leyes; se erigió en el paladín de las víctimas indefensas e inocentes que caían arrolladas por el sistema ilustrado, que no encajaban en sus esquemas, que por sus particularidades se quedaban fuera

de los métodos científicos, de los tiralíneas de las políticas y filosofías geométricas. Con gran humor expuso esta defensa en una apología de la letra «h», la cual, pese a su pronunciación aspirada en alemán, no dejaba de tener un sentido y un derecho a la existencia. En teoría, esta letra tendría que haber sucumbido en aras de la «sana razón»; Hamann, sin embargo, la convierte en un símbolo; para él representa un instrumento de la palabra de Dios que el hombre, asimismo, no puede pronunciar, pero de la cual depende, ya que él mismo ha sido creado por Dios. Representa el hálito por el cual Dios vivifica y mantiene su creación. Quien pretende ignorar o despreciar este hálito aspira a ocupar el lugar de Dios, pronunciando su propia sentencia de muerte. Entre la letra y el espíritu se da una relación que, desde una perspectiva teológica, nos muestra la unidad de la palabra humana y de la palabra divina, la unidad del conocimiento sensible y del entendimiento.